

SUPONGAMOS QUE VEMOS salir a una muchacha por la mañana, con todo el fragor de su adolescencia; que asistimos, admirados, a la ceremonia de la luz con sus cabellos aún mojados, con su piel morenísima y radiante, con su cuerpo de “amazona levemente anémica”. Supongamos, también, que asumimos nuestra condición de adoradores, sin más propósito que el de contemplar una belleza exacta para los ojos dispuestos a comprender su historia y sus secretos inocentes. Pensemos que, de su brazo, podemos recorrer una geografía y una vida de las calles más amadas, más significativas de esta ardorosa ciudad de México. Creamos que la más amable compañía es *Crónicas de un chilango*, de Xorge del Campo: compañía y conversación en voz baja.

Podemos, entonces, señalar los nombres antiguos de las calles que conforman el Centro Histórico de la ciudad de México para reconocernos en ellos, y entender la nueva nomenclatura con su rigor emergente y circunstancial. En todo caso, despojar nuestros ojos de ese velo de turista trasnochado que, por la costumbre de caminar apresuradamente, nos hemos impuesto a veces. Y dejamos que nos hablen sus paseos y monumentos; sus barrios bravos y las supersticiones; las instituciones y las costumbres; sus personajes y el comercio: el nervio y la sangre de un espacio humano que siempre dice algo a quien quiere y sabe escuchar.

Si lo deseamos, es posible detenerse un poco en la idea de que nuestra ciudad tiene como marco de referencia el llamado Centro Histórico. Punto de referencia, sí; pero también peligro de una centralización que camina en un equilibrio precario. No obstante, disfrutamos el recuerdo de una fundación embellecida por el mito –sobre un nopal, un águila devorando una serpiente– y sen-

Como a una novia adolescente

José Francisco Conde

timos la necesidad de la raigambre. Por eso los palacios y las iglesias magnificentes nos hablan de una vida atenta a los designios del cielo, pero –paradoja casi natural– también de las anécdotas casi secretas de la codicia de los bienes terrenales. Las noticias de los tesoros de la Catedral son un ejemplo que inquieta.

Podemos caminar por la Alameda o por Paseo de la Reforma. Allí, con ayuda de los ojos de otros caminantes armados de paciencia, es posible imaginar los cambios que la dinámica de la existencia sin sentido ha impuesto a lugares que siguen empeñados en ser centros de reunión. Por eso, quizá, pensamos en ciertos barrios llamados bravos; concentraciones humanas que ayudan a completar la fisonomía de una ciudad que se resiste a ser ajena.

Es claro que una forma de la convivencia humana sigue siendo el comercio, aunque en estos tiempos están a punto de desaparecer los compradores; sin embargo, en cada puesto de fayuca, cada vez que invadimos el arroyo por que los vendedores invaden las banquetas, evocamos –con nuestra memoria y con la ajena– la sabia disposición del comercio de otros tiempos menos fatigosos.

Y las calles. Caminar las calles sigue siendo un placer reservado para la gente de bien. Y es que cada puerta y cada rincón nos prometen una sorpresa. A veces una placa llena de polvo informa escuetamente que un periodista o un poeta vivieron –y/o murieron– en esa casa. O que allí estuvo el primer periódico de América. Y a veces ni siquiera una mustia placa puede dar indicios. Entonces la memoria y la lectura son un derecho reservado a los amantes de lo que no debe ser ajeno.

Supongamos, por fin, que la muchacha y la ciudad se vuelven una sola cuando la luz del día comienza a retirarse. Acaso conservemos en el hombro la humedad de ese cabello; en la mano, la huella de un perfume delicioso; en los ojos, el escorzo de unas formas inquietantes; bajo el brazo las crónicas de un chilango que hizo de la trashumancia un acto de fe. Un chilango que ama a su –nuestra– ciudad como si ella fuera una novia adolescente.

Xorge del Campo, *Crónicas de un chilango*, México, Gernika (Literatura, 27), 1995, 338 pp.

JOSÉ FRANCISCO CONDE es profesor-investigador de la UAM Azcapotzalco.

Publicado en agosto y septiembre de 1995.